

TRABAJO PRÁCTICO Nº12

“El caballero de la armadura oxidada” de Robert Fisher.

¡Hola! ¿Cómo estás? En esta oportunidad te dejo el capítulo nº5 de la novela que ya comenzamos. Te propongo que puedas practicar la lectura en voz alta, y si te animás leerle a algún integrante de tu familia.

CAPÍTULO Nº5: “El Castillo del Conocimiento”.

El caballero, Ardilla y Rebeca **continuaron** el viaje por el Sendero de la Verdad en dirección al Castillo del Conocimiento. Se detuvieron tan sólo dos veces ese día, una para comer y otra para que el caballero afeitara su escuálida barba y cortara su largo cabello con el borde afilado del guantelete. Una vez hecho esto, el caballero **tuvo** mejor aspecto y se sintió mucho mejor, más libre que antes. Sin el yelmo podía comer nueces sin la ayuda de Ardilla. Aunque había apreciado la técnica salvavidas, no consideraba que aquello fuera un modo de vida realmente elegante. Se podía alimentar también de frutas y raíces a las que se había acostumbrado. Nunca más comería paloma ni ninguna otra ave o carne, pues se daba cuenta que hacerlo sería, literalmente, como comerse a sus amigos.

Justo antes de caer la noche, el trío continuó caminando penosamente por un monte y contempló el Castillo del Conocimiento en la distancia. Era más grande que el Castillo del Silencio, y la puerta era de oro sólido. Era el castillo más grande que el caballero hubiera visto jamás, incluso más grande que el que el caballero se había construido. El caballero contempló la impresionante estructura y se preguntó quién lo habría diseñado.

En ese preciso momento, sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz de Sam.

—El Castillo del Conocimiento fue diseñado por el propio Universo: la fuente de todo conocimiento.

El caballero se sintió sorprendido y a la vez complacido de volver a oír la voz de Sam.

—Me alegro que hayas vuelto —dijo.

—En realidad, nunca me fui —replicó Sam—. Recuerda que yo soy tú.

—Por favor, no quiero volver a oír eso. ¿Qué te parece ahora que me he **afeitado** y me he cortado el pelo?

—Es la primera vez que sacas provecho de ser esquilado —replicó Sam.

El caballero rió con la broma de Sam. Le gustaba su sentido del humor. Si el Castillo del Conocimiento se asemejaba al Castillo del Silencio, **estaría** feliz de tener a Sam por compañía.

El caballero, Rebeca y Ardilla cruzaron el puente levadizo por encima del foso y se detuvieron ante la dorada puerta. El caballero cogió la llave que colgaba de su cuello e hizo girar la cerradura. Al abrir la puerta, le preguntó a Rebeca y a Ardilla si se irían como lo habían hecho en el Castillo del Silencio.

—No —replicó Ardilla—. El silencio es para uno; el conocimiento es para todos.

El caballero se preguntó cómo era posible que se considerara a una paloma un blanco fácil.

Los tres **atravesaron** la puerta y penetraron en una oscuridad tan densa que el caballero no podía ver ni su propia mano. El caballero buscó a tientas las acostumbradas antorchas que suelen estar en la entrada de los castillos, pero no había ninguna. ¿Un castillo con puerta de oro y sin antorchas?

—Incluso los castillos de la zona barata tienen antorchas —refunfuñó el caballero al tiempo que Ardilla lo llamaba.

El caballero tanteó el camino hasta donde se encontraba ella y vio que estaba señalando una inscripción que brillaba en la pared. Ponía: «El conocimiento es la luz que iluminará vuestro camino».

«Prefería una antorcha —pensó el caballero—, ¡quien quiera que sea el que **gestiona** este castillo, está decidido a reducir las facturas de la luz!».

Sam habló:

—Significa que cuantas más cosas sepas, más luz habrá en el interior del castillo.

—¡Apuesto a que tienes razón, Sam! —exclamó el caballero.

Y un rayo de luz se filtró en la habitación.

En ese preciso momento, Ardilla volvió a llamar al caballero para que se reuniera con ella. Había encontrado otra brillante inscripción grabada en la pared: «¿Habéis **confundido** la necesidad con el amor?». Todavía perturbado, el caballero mascullo:

—Supongo que tengo que encontrar la respuesta para conseguir un poco más de luz.

—Lo estás cogiendo rápidamente —replicó Sam, a lo que el caballero respondió bufando:

—No tengo tiempo para jugar a Preguntas y Respuestas. ¡Quiero encontrar mi camino por el castillo para poder llegar pronto a la cima de la montaña!

—Tal vez lo que tengáis que aprender aquí sea que tenéis todo el tiempo del mundo —sugirió Rebeca.

El caballero no estaba de un ánimo muy receptivo y no tenía ganas de oír su filosofía. Por un momento consideró la posibilidad de internarse en la oscuridad del castillo e intentar atravesarlo. La negrura, sin embargo, era bastante intimidatoria y sin su espada se sentía temeroso. Le pareció que la única alternativa que le quedaba era intentar descifrar el significado de la inscripción. Suspiró y se sentó ante ella. La leyó otra vez; «¿Habéis confundido la necesidad con el amor?».

El caballero sabía que amaba a Julieta y a Cristóbal, aunque tenía que admitir que había amado más a Julieta antes de que le diera por ponerse bajo los toneles de vino y vaciar su contenido en su boca. San dijo:

—Sí, amabais a Julieta y a Cristóbal, pero, ¿no los necesitabais también?

—Supongo que sí —admitió el caballero.

Había necesitado toda la belleza que Julieta le **añadía** a su vida con su inteligencia y su encantadora poesía. También había necesitado las cosas agradables que ella solía hacer, como invitar amigos para que lo animaran después de que se quedara atrapado en su armadura.

Se acordó de las épocas en las que el asunto de la caballería había estado bajo mínimos y no se podían permitir comprar ropa nueva o contratar sirvientes. Julieta había confeccionado hermosos vestidos para la familia y había preparado deliciosos platos para el caballero y sus amigos. El caballero reconoció que Julieta había mantenido siempre el castillo muy limpio. Y él le había dado muchos castillos para limpiar. A menudo habían tenido que mudarse a un castillo más barato cuando él había regresado de las cruzadas sin un chavo. Había dejado que Julieta hiciera casi todas las mudanzas ella sola, pues él solía estar siempre en algún torneo. Recordó su aspecto agotado mientras llevaba sus pertenencias de un castillo a otro y cómo se había puesto cuando se vio imposibilitada de tocarlo a causa de la armadura.

—¿No fue entonces cuando Julieta comenzó a ponerse bajo los toneles de vino? —preguntó Sam suavemente.

El caballero **asintió**, y las lágrimas brotaron de sus ojos. Después, se le ocurrió algo espantoso: no había querido culparse de las cosas que hacía. Había preferido culpar a Julieta por todo el vino que bebía. De hecho, le venía bien que ella bebiera, así podía decir que todo era por su culpa, **incluyendo** el hecho de que él estuviera atrapado en la armadura.

A medida que el caballero se iba dando cuenta de lo injusto que había sido con Julieta, las lágrimas iban cayendo por sus mejillas. Si, la había necesitado más de lo que la había amado. Deseó haberla necesitado menos y amado más, pero no había sabido cómo hacerlo.

Mientras continuaba llorando, le vino a la cabeza que también había necesitado a Cristóbal más de lo que le había amado. Un caballero necesitaba un hijo para que partiera a las batallas y luchara en nombre de su padre cuando éste se hiciera mayor. Esto no quería decir que el caballero no amara a Cristóbal, pues amaba la belleza de su hijo. También disfrutaba oyéndole decir: «¡Te quiero papá!», pero, así como había amado estas cosas de Cristóbal, también respondían a una necesidad suya.

Un pensamiento le vino a la mente como un relámpago: ¡Había **necesitado** el amor de Julieta y Cristóbal porque no se amaba a sí mismo! De hecho, había **necesitado** el amor de todas las damiselas que había rescatado y de toda la gente por la que había luchado en las cruzadas porque no se amaba a sí mismo.

El caballero lloró aún más al darse cuenta de que si no se amaba, no podía amar realmente a otros. Su necesidad de ellos se interpondría.

Al admitir esto, una hermosa y resplandeciente luz brilló a su alrededor, ahí donde antes había habido oscuridad. Una mano se posó suavemente sobre su hombro. Miró a través de sus lágrimas y vio a Merlín, que le sonreía.

—Habéis descubierto una gran verdad —le dijo el mago al caballero—. Sólo podéis amar a otros en la medida en que os amáis a vos mismo.

—¿Y cómo hago para empezar a amarme? —preguntó el caballero.

—Ya habéis empezado, al saber lo que ahora sabéis —dijo Merlín.

—Sé que soy un tonto —**sollozó** el caballero.

—No, conocéis la verdad, y la verdad es amor.

Esto consoló al caballero, que dejó de llorar. A medida que sus lágrimas se fueron secando, fue notando la luz que había a su alrededor. Era distinta de cualquier luz que hubiera visto antes.

Parecía no venir de ningún lugar y de todos los lugares a la vez.

Merlín hizo eco del pensamiento del caballero:

—No hay nada más hermoso que la luz del conocimiento.

El caballero miró la luz que le rodeaba y luego hacia la lejana oscuridad.

—Para vos no hay oscuridad en este castillo, ¿no es verdad?

—No —replicó Merlín—. Ya no.

Animado, el caballero se puso de pie, listo para continuar. Le **agradeció** a Merlín haber aparecido incluso sin haber sido llamado.

—Está bien —dijo el mago—. Uno no siempre sabe cuándo pedir ayuda.

Y, dicho esto, **desapareció**.

Cuando el caballero se dispuso a continuar, Rebeca apareció volando desde la oscuridad.

—¡Escuchad! —dijo toda emocionada—. ¡Esperad a ver lo que voy a mostraros!

El caballero nunca había visto a Rebeca tan excitada. Normalmente era más bien tranquila, pero ahora no dejaba de dar saltos sobre su hombro sin poder contenerse mientras guiaba al caballero y a Ardilla hacia un gran espejo.

—¡Es eso! ¡Es eso! —gorjeó en voz alta, los ojos brillando de entusiasmo.

El caballero tuvo una decepción.

—Es sólo un viejo espejo —dijo impaciente—. Vamos, pongámonos en marcha.

—No es un espejo corriente —insistió Rebeca—. No refleja tu aspecto. Refleja cómo eres de verdad.

El caballero estaba intrigado, pero no entusiasmado. Nunca le habían importado mucho los espejos porque nunca se había considerado muy guapo. Pero Rebeca insistió, así que, de mala gana, se colocó ante el espejo y contempló su reflejo. Para su gran sorpresa, en lugar de un hombre alto con ojos tristes y nariz grande, con una armadura hasta el cuello, vio a una persona encantadora y vital, cuyos ojos brillaban con amor y compasión.

—¿Quién es? —preguntó.

Ardilla respondió:

—Sois vos.

—Este espejo es un fantasma —dijo el caballero—. Yo no soy así.

—Estáis viendo a vuestro yo verdadero —**explicó** Sam—; el yo que vive bajo esa armadura.

—Pero —protestó el caballero contemplándose con atención en el espejo— ese hombre es un espécimen perfecto. Y su rostro está lleno de inocencia y de belleza.

—Ése es su potencial —le respondió Sam—, ser hermoso, inocente y perfecto.

—Si ése es mi potencial —dijo el caballero—, algo terrible sucedió en el camino.

—Sí —replicó Sam—. Pusiste una armadura invisible entre tú y tus verdaderos sentimientos. Ha estado ahí durante tanto tiempo que se ha hecho visible y permanente.

—Quizá sí escondí mis sentimientos —dijo el caballero—. Pero no podía decir simplemente todo lo que se me pasaba por la cabeza y hacer todo lo que me apetecía. Nadie me hubiera querido.

El caballero se detuvo al pronunciar estas palabras, pues se dio cuenta que se había pasado la vida intentando agradar a la gente. Pensó en todas las cruzadas en las que había luchado, los dragones que había matado y en las damiselas en apuros que había rescatado: todo para demostrar que era bueno, generoso y amoroso. En realidad, no tenía que demostrar nada. Era bueno, generoso y amoroso.

—¡Jabalinas saltarinas! —exclamó—. ¡He desperdiciado toda mi vida!

—NO —dijo Sam, rápidamente—. No la has desperdiciado. Necesitabas tiempo para aprender todo lo que has aprendido.

—Todavía tengo ganas de llorar —dijo el caballero.

—Pues, eso sí **sería** un desperdicio —dijo Sam. Acto seguido, entonó esta canción:

»«Las lágrimas de autocompasión no te pueden ayudar. No son del tipo que a tu armadura puedan eliminar».

El caballero no estaba de humor para apreciar ni la canción ni el humor de Sam.

—Deja ya esas pesadas rimas o te echaré fuera —chilló.

—No me puedes echar —rió Sam—. Yo soy tú. ¿No lo recuerdas?

En ese momento, el caballero se hubiera pegado un tiro gustoso con tal de librarse de Sam, mas, por fortuna, aún no habían **inventado** las armas de fuego. Aparentemente, no había manera de librarse de Sam.

El caballero se miró al espejo otra vez. La amabilidad, la compasión, el amor, la inteligencia y la generosidad le devolvieron la mirada. Se dio cuenta de que todo lo que tenía que hacer para tener todas esas cualidades era reclamarlas, pues siempre habían estado ahí.

Ante este pensamiento, la hermosa luz brilló una vez más, con más fuerza que antes. Iluminó toda la habitación, revelando, para sorpresa del caballero, que el castillo tenía tan sólo una gigantesca habitación.

—Es la construcción estándar para un Castillo del Conocimiento —dijo Sam.

—El verdadero Conocimiento no se divide en compartimientos porque todo procede de una única verdad.

El caballero asintió. Estaba listo para partir justo cuando Ardilla se acercó corriendo.

—Este castillo tiene un patio con un gran manzano en el centro.
—Oh, llévame a él —pidió el caballero ansioso, pues empezaba a tener hambre.
El caballero y Rebeca siguieron a Ardilla hasta el patio. Las robustas ramas del árbol se torcían por el peso de las manzanas más brillantes y rojas que el caballero hubiera visto jamás.
—¿Te gustan las manzanas? —preguntó Sam.
El caballero se encontró riendo. Luego notó una inscripción grabada en una losa junto al árbol: «Por esta fruta **impongo** condición, pero ahora aprenderéis acerca de la ambición».
El caballero reflexionó sobre esto pero, con franqueza, no tenía ni idea de lo que significaba. Finalmente, decidió olvidarlo.
—Si lo haces, no saldremos de aquí —dijo Sam.
El caballero gruñó.
—Estas inscripciones son cada vez más difíciles de entender.
—Nadie dijo que el Castillo del Conocimiento fuera fácil —dijo Sam con firmeza.
El caballero suspiró, cogió una manzana y se sentó bajo el árbol con Rebeca y Ardilla.
—¿Vosotras lo entendéis? —les preguntó.
Ardilla negó con la cabeza.
El caballero miró a Rebeca, que también negó con la cabeza.
—Pero lo que sí se —dijo pensativa— es que no tengo ninguna ambición.
—Ni yo —intervino Ardilla—; y apuesto a que este árbol tampoco tiene ninguna.
—Tiene razón —dijo Rebeca—. Este árbol es como nosotras. No tiene ambiciones. Quizá vos no necesitéis ninguna.
—Esto está bien para los animales y los árboles —dijo el caballero—. Pero ¿qué sería una persona si no tiene ambición?
—Feliz —dijo Sam.
—No, no lo creo.
—Todos estáis en lo cierto —dijo una voz familiar.
El caballero se volvió y vio a Merlín de pie, detrás de él y los animales. El mago vestía su larga túnica blanca y llevaba un laúd.
—Estaba a punto de llamaros, Merlín —dijo el caballero.
—Lo sé —replicó el mago—. Todo el mundo necesita ayuda para entender a un árbol. Los árboles son felices simplemente siendo árboles, al igual que Rebeca y Ardilla son felices siendo simplemente lo que son.
—Pero los humanos somos distintos —protestó el caballero—; tenemos mentes.
—Nosotros también tenemos mentes —declaró Ardilla, un tanto ofendida.
—Lo siento. Es sólo que los seres humanos tenemos mentes más complicadas que hacen que deseemos ser mejores —explicó el caballero.
—¿Mejores que qué? —preguntó Merlín, tañendo ociosamente unas notas en su laúd.
—Mejores de lo que somos —respondió el caballero.
—Nacéis hermosos, inocentes y perfectos. ¿Qué podría ser mejor que eso? —demandó Merlín.
—No, quiero decir que queremos ser mejores de lo que pensamos que somos y mejores que los demás... ya sabéis, como yo, que siempre he querido ser el mejor caballero del reino.
—Ah, sí —admitió Merlín—, la ambición de vuestra complicada mente os llevó a intentar demostrar que erais mejor que otros caballeros.
—¿Y qué hay de malo en ello? —preguntó el caballero a la defensiva.
—¿Cómo podríais ser mejor que otros caballeros si todos nacisteis tan inocentes y perfectos como erais?
—Al menos era feliz intentándolo —replicó el caballero.
—¿Lo erais? ¿O es que estabais tan ocupado intentando serlo que no podíais disfrutar del simple hecho de ser?
—Me estáis confundiendo —musitó el caballero—. Sé que las personas necesitan tener ambición. Desean ser listas y tener bonitos castillos y poder cambiar el caballo del año pasado por uno nuevo. **Quieren** progresar.
—Ahora estáis hablando del deseo del hombre de enriquecerse; pero si una persona es generosa, amorosa, compasiva, inteligente y altruista, ¿cómo podría ser más rica?
—Esas riquezas no sirven para comprar castillos y caballos —dijo el caballero.
—Es verdad —Merlín esbozó una sonrisa— hay más de un tipo de riquezas, así como hay más de un tipo de ambición.
—A mí me parece que la ambición es la ambición. O deseas progresar o no lo deseas.
—Es más complicado todo eso —respondió el mago—. La ambición que proviene de la mente te puede servir para conseguir bonitos castillos y buenos caballos. Sin embargo, sólo la ambición que proviene del corazón

puede darte, además, la felicidad.

—¿Qué es la ambición del corazón? —le cuestionó el caballero.

—La ambición del corazón es pura. No compite con nadie y no hace daño a nadie. De hecho, le sirve a uno de tal manera que sirve a otros al mismo tiempo.

—¿Cómo? —preguntó el caballero, **esforzándose** por comprender.

—Es aquí donde podemos aprender del manzano. Se ha convertido en un árbol hermoso y maduro que da generosamente sus frutos a todos. Cuantas más manzanas coge más gente —dijo Merlín—, más crece el árbol y más hermoso deviene. Este árbol hace exactamente lo que un manzano debe hacer: desarrollar su potencial para beneficio de todos. Lo mismo sucede con las personas que tienen ambiciones del corazón.

—Pero —objetó el caballero—, si me pasara el día regalando manzanas, no podría tener un elegante castillo y no podría cambiar el caballo del año pasado por uno nuevo.

—Vos, como la mayoría de la gente, queréis poseer muchas cosas bonitas, pero es necesario separar la necesidad de la codicia.

—Decíle eso a una esposa que quiere un castillo en un mejor barrio —replicó mordaz el caballero.

Una expresión divertida se dibujó en el rostro de Merlín.

—Podrías vender algunas de vuestras manzanas para pagar el castillo y el caballo. Después podrías dar las manzanas que no necesitarais para que los demás se **alimentasen**.

—Este mundo es más fácil para los árboles que para las personas —dijo el caballero filosóficamente.

—Es una cuestión de percepción —dijo Merlín—. Recibís la misma energía vital que el árbol. Utilizáis la misma agua, el mismo aire y la misma nutrición de la tierra. Os aseguro que si aprendéis del árbol podréis dar frutos y no tardaréis en tener todos los caballos y castillos que deseáis.

—¿Queréis decir que podría conseguir todo lo que necesito simplemente quedándome quieto en mi propio jardín? —preguntó el caballero.

Merlín rió.

—A los seres humanos se les dio dos pies para que no tuvieran que permanecer en un mismo lugar, pero si se quedaran quietos más a menudo para poder aceptar y apreciar en lugar de ir de aquí para allá intentando apoderarse de todo lo que pueden, entenderían verdaderamente lo que es la ambición del corazón.

El caballero permaneció en silencio, reflexionando sobre las palabras de Merlín. Estudió el manzano que florecía ante sus ojos. Observó a Ardilla, a Rebeca y a Merlín. Ni el árbol ni los animales tenían ambición, y la ambición de Merlín provenía sin duda de su corazón. Todos permanecían sanos y felices; eran hermosos especímenes de la vida.

Después pensó en sí mismo: escuálido y con una barba que **empezaba** a tener mal aspecto. Estaba malnutrido, nervioso y exhausto por tener que arrastrar su pesada armadura. Había adquirido todo esto por su ambición mental, y ahora comprendía que todo eso debía cambiar. La idea le inspiraba temor, pero luego pensó que ya lo había perdido todo, así que ¿qué más podía perder?

—A partir de este momento, mis ambiciones vendrán del corazón —prometió el caballero.

Mientras pronunciaba estas palabras, el castillo y Merlín desaparecieron, y el caballero se encontró otra vez en el Sendero de la Verdad, con Rebeca y Ardilla. Junto al sendero se extendía un cabrilleante arroyo. Sediento, se arrodilló para beber de su agua y notó con sorpresa que la armadura que cubría sus brazos y piernas se había oxidado y caído. Su barba había crecido. Era evidente que el Castillo del Conocimiento, al igual que el Castillo del Silencio, había jugado con el tiempo.

El caballero reflexionó sobre este extraño fenómeno y no tardó en darse cuenta de que Merlín estaba en lo cierto. Decidió que era verdad, que el tiempo transcurría con rapidez cuando uno se escuchaba a sí mismo. Recordó cuántas veces el tiempo se había hecho eterno mientras él esperaba que otras personas lo llenaran.

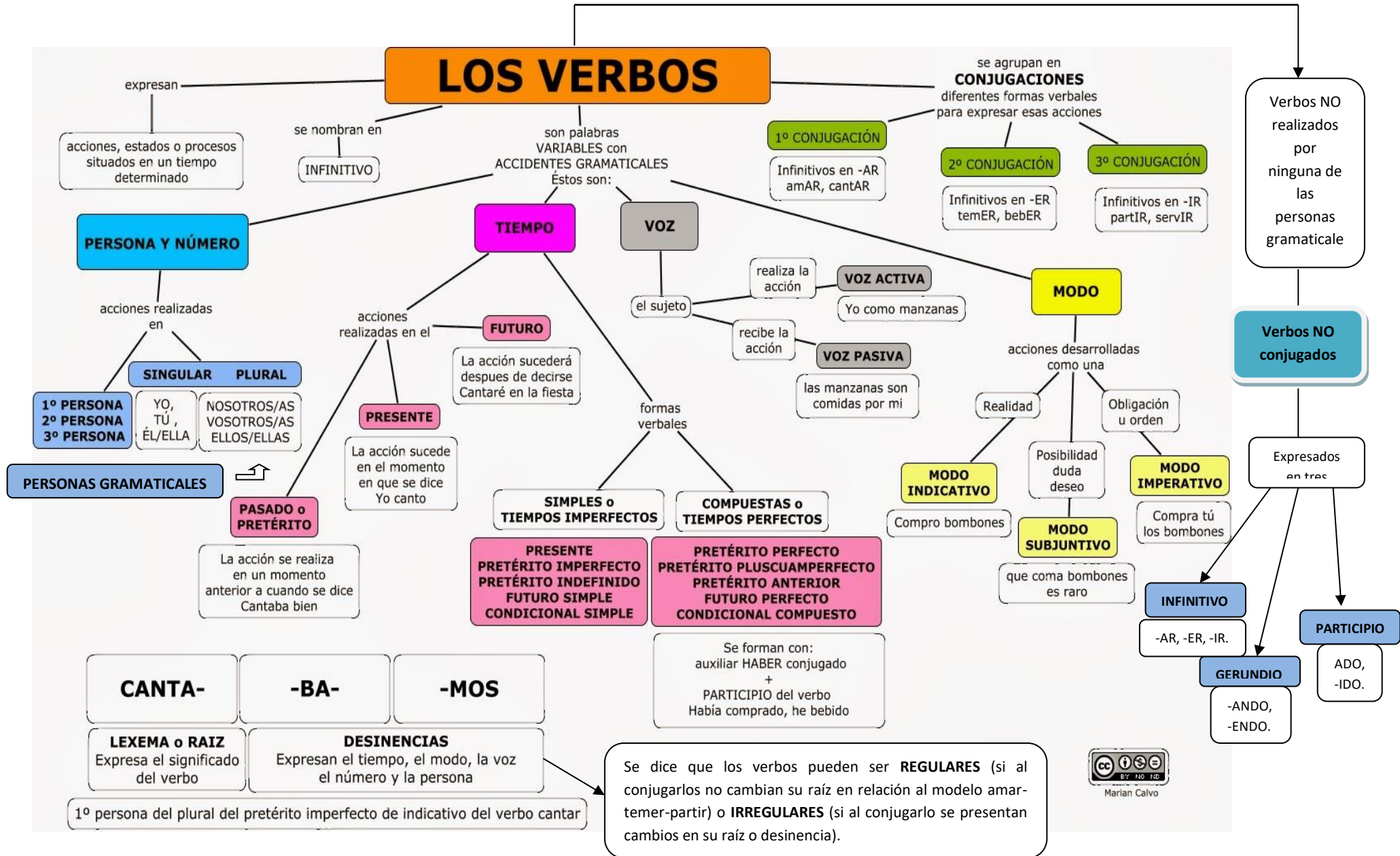
Ahora que todo lo que quedaba de su armadura era el peto, el caballero se sintió más ligero y más joven de lo que se había sentido en años. También descubrió que no se había sentido tan bien consigo mismo desde hacía mucho tiempo. Con el paso firme de un muchacho, **partió** hacia el Castillo de la Voluntad y la Osadía con Rebeca volando sobre su cabeza y Ardilla corriendo a sus pies.

CONSIGNA:

- Indica a qué conjugación pertenecen los verbos o verboides en **negrita**, esparcidos por todo el texto y escribe su infinitivo entre paréntesis.

Ejemplo:

Continuaron → **1º conjugación (-AR)** → (continuar).



1. Luego de leer la información otorgada en la red, completa los espacios en blanco:

Los verbos expresan _____, _____ y _____.

Los verbos _____ son aquellos que son realizados por alguna de las _____ gramaticales, como por ejemplo: _____ corro.

Los verbos NO conjugados se llaman _____ y son tres, pueden estar expresados en _____, los cuales terminan en _____, _____ e _____ IR _____; en _____ los terminados en _____ y _____; y en _____, los terminados en _____, _____.

Los tiempos verbales son el _____ (también llamado _____), el _____ y el _____.

Los verbos pueden expresarse en tres modos diferentes: el modo _____ que indica: _____.

El modo _____ que indica _____ . Y el modo _____ que indica _____.

Por último, el verbo está compuesto por dos partes, una _____ y una _____. La _____ es la que nos indica la persona que realiza la acción. Si alguna de las partes sufre modificación, se dice que el verbo es _____. En cambio, si no sufre cambio alguno se dice que es _____.